



## El activismo de cada día: ser mujer negra en el Ecuador Del cuerpo de mi abuela hasta el cuerpo que habito

Belén Congo Piñeiro

Universidad Andina Simón Bolívar-Ecuador

### Extracto:

*¿Por qué soy negra? Era una pregunta que martillaba mi mente y mi corazón diariamente en mi vida. Muchas veces llegábamos de la escuela, mi hermana y yo llorando, y mi madre nos preguntaba qué había pasado. Nosotras le contábamos que los compañeros nos gritaban “negras feas”. Mi madre, llena de rabia, iba al otro día a la escuela para hablar con la profesora.*

Este documento nace de la presentación de la mesa Black Lives Matter (EEUU) y los activismos afroecuatorianos: conectando luchas anticoloniales entre Norte y Sur, en este Congreso e inicia con la reflexión de mi propia historia de vida como mujer negra nacida y criada en la ciudad blanco-mestiza de Quito.

Es importante para mí iniciar este documento con el testimonio propio de lo que significó vivir en un entorno que no incluye en ninguno de sus ámbitos al pueblo negro como parte fundamental del forjamiento del Estado-Nación del Ecuador.

Uno de los principales ámbitos es la escuela, en donde, dentro de las metodologías docentes, la sabiduría y los conocimientos del pueblo negro están completamente silenciados o mal interpretados. Es decir que saberes, filosofías y principios del pueblo negro no se toman en cuenta dentro de la escuela.

En este recorrido, pongo en consideración mi paso por la escuela desde mi infancia y el malestar constante por reconocirme como mujer negra afroquiteña. Cómo, desde los imaginarios de los “otros”, disminuía mi identidad con constantes actos de racismo.

Las voces de mi abuela, mi madre y la mía son parte fundamental para recorrer los procesos de resistencia desde un activismo cotidiano, en primera instancia expresados desde la inconformidad de sentirnos en todo espacio discriminadas, sin tener conciencia de los actos de resistencia intuitivos, hasta el despertar de una conciencia política y de



reivindicación a través de las teorías académicas, a las cuales accedo en la Universidad Andina Simón Bolívar.

A partir de este momento de mi vida, abro la posibilidad de teorizar estos actos racistas y entenderlos desde una mirada académica, la que me permitió ampliar del mismo modo mi proceso de reflexión a lo largo de mi experiencia vivencial.

En este aspecto, es importante analizar dentro de este recorrido algunos conceptos que me han permitido reivindicar mi ser negro y mis formas particulares de relación con mi entorno, como el activismo negro, la interseccionalidad, el endorracismo, los microrracismos, etc., que dan cuenta de los procesos de lucha del pueblo negro a lo largo de la historia y que van tomando forma a través del testimonio y la descripción.

Provengo de una familia migrante afro-ecuatoriana. Mi padre nació en Caldera, comunidad ubicada en el Valle del Chota, provincia del Carchi. Mi madre nació en Las Palmas, un pequeño pueblo, ahora desaparecido, del cantón San Lorenzo en la provincia de Esmeraldas. Ambos llegaron a Quito siendo aún adolescentes. Mi padre fue obrero durante la mayor parte de su vida, en la fábrica de electrodomésticos llamada ECASA, y mi madre desde el momento en que llegó a esta ciudad trabajó en el servicio doméstico.

Mi infancia y mi juventud se caracterizaron por las dificultades económicas. Sin embargo, para mis padres la educación de sus hijos e hijas fue siempre una prioridad. Todos sus esfuerzos se orientaron a ofrecernos las mejores oportunidades posibles para que, como nos decía mi madre frecuentemente, no repitamos sus vidas.

Mi madre, cuando mi hermana gemela y yo teníamos 14 años aproximadamente, nos contaba muchas historias de cómo fue llegar desde su pequeño pueblo negro (La Boca) a la gran ciudad blanco-mestiza (Quito). Mi madre llegó aproximadamente a los 17 años de edad, a trabajar en la casa de una familia blanco-mestiza, y no pasó mucho tiempo para que en el trabajo sufriera constantes episodios de acoso por parte del “Ingeniero”, el dueño de la casa.

Los análisis interseccionales ponen de manifiesto dos asuntos: en primer lugar, la multiplicidad de experiencias de sexismo vividas por distintas mujeres, y en segundo lugar, la existencia de posiciones sociales que no padecen ni la marginación ni la discriminación, porque encarnan la norma misma, como la masculinidad, la heteronormatividad o la blanquitud (Viveros 2016, 8).

Al ser una mujer, negra y pobre, el dueño de la casa la trataba prácticamente como si fuese de su propiedad, y le hacía propuestas indecorosas a escondidas de la esposa.



Luego, con el pasar del tiempo, la esposa se dio cuenta de las intenciones de su pareja y ella también comenzó a despreciarla.

En este sentido, el concepto de interseccionalidad es de suma importancia para comprender cómo operan estos actos de opresión frente a un ser humano con desfavorables circunstancias de clase, género y raza.

Desde la primera perspectiva, toda dominación es, por definición, una dominación de clase, de sexo y de raza, y en este sentido es en sí misma interseccional, ya que el género no puede disociarse coherentemente de la raza y de la clase (Viveros 2016, 7).

Mi madre, la primera de 7 hermanas y 2 hermanos, a pesar de su juventud y soledad en la ciudad, siempre se “paró duro”, nunca se dejó embaucar por las pretensiones de este señor y los desprecios de la esposa. Es decir, sin nombrarlo aún, su resistencia diaria como mujer negra en la ciudad ya se convertía en activismo negro.

No solo se trata de cuestionar el universal ‘mujer’ del feminismo euro-usa-céntrico, ni del señalamiento de la cuota de responsabilidad ante el racismo de las mujeres ‘blancas’. Se trata especialmente de mostrar cómo diversas mujeres negras construyen propuestas subversoras del orden social que las oprime de diferentes formas en razón de su condición racializada, de pobreza y de mujeres sin necesidad de acudir a las categorías centrales del feminismo, al que muchas ni siquiera conocen, y [al que] otras rechazan por prejuicio [y,] algunas más, sobre todo mujeres negras académicas, [le] tienen críticas muy fundamentadas [...] proponiendo otro [feminismo] que definen como autónomo y local (Lozano 2014).

Uno de los ejemplos de estas resistencias cotidianas que nos contaba mi madre es que al momento de la comida, por ejemplo, ella no podía estar en la misma mesa de la familia, y peor aún compartir la vajilla. Esto me sucedió también a mí, cuando por circunstancias de sobrevivencia tuve que trabajar para ayudar en la casa.

Estos actos de inferiorización, vista como normal para la familia, mi madre los soportó durante muchos días de su vida. Y uno de los medios de resistencia ante estas constantes incomodidades era salir de viaje de vuelta a su recinto La Boca, cada vez que tenía oportunidad. Mi madre volaba a desfogar con su pueblo todo su ser reprimido en la ciudad.

En otra de las historias que nos contaba mi madre, cuando llegaba a su casa, el recibimiento era lo más hermoso que experimentaba: todos y todas muy felices la salían a recibir en la estación del tren. Ni siquiera terminaba de llegar y todo el mundo la detenía para saludar en el trayecto a la casa de mi abuelita Colombia. Cuando al fin llegaba, sus



maletas hacía rato que estaban esperándola. Todas las hermanas le llevaban comida, cocos, caña, verde, mi abuelo salía a cazar carne de monte para que toda la familia comiera. En la noche bailaban hasta el amanecer y en la mañana se preparaba el tapao para recuperar fuerzas y seguir bailando.

En estos momentos en su casa, mi madre lograba recargar la fuerza que necesitaba en sus pies, su corazón y su mente para regresar a la ciudad “bien parada”: *No por negra y pobre me van a pisotear*, como siempre nos repetía.

Estas historias son parte de todo un universo de percepciones, sensaciones, experiencias, imaginarios, etc., que se van implantando en el cuerpo de un ser humano. La vida de mi madre no solo se quedó en su cuerpo, sino que había sido herencia del cuerpo de mi abuela, y ese a su vez del de mis ancestras, así como también se extendió hacia el cuerpo de mi hermana gemela, de mis hermanos, de mis tías, mis primas, y al mío.

El cuerpo como materia simbólica, objeto de representación y producto de imaginarios sociales. Siempre se manifiesta como un terreno de disputa en el que se aloja un conjunto de sistemas simbólicos entre los que se destacan cuestiones vinculadas al género, a la orientación sexual, a la clase, a la etnia o a la religión (Scharagrodsky s.f., 2).

Al nacer en una ciudad mestiza, desde mi infancia hasta ahora en mi vida adulta, siempre soy la única negra en todos los espacios a los que accedo. Y al ser la única negra, he sufrido todo tipo de discriminación. Recuerdo claramente cuando a mis 7 años de edad, en la escuela donde estudiaba, existía una niña más grande que yo, y ella siempre me quitaba mi “colación”<sup>1</sup>. Yo le tenía mucho miedo, ella siempre me trataba de “morena” y eso me llenaba de mucha ira en el interior. Mi única vía de escape de toda la rabia era llorar.

En la escuela estaba junto a mi hermana gemela. Ella era mucho más fuerte que yo, y me refiero a su tenacidad y fortaleza para enfrentar con valentía al abuso de los otros; era mi hermana la que siempre me defendía de esta niña mayor que me maltrataba. En este caso, la resistencia de mi hermana era por defender a viva voz nuestro derecho a no ser molestadas.

---

<sup>1</sup> Expresión que usaba de pequeña para describir el lunch o vianda que mi madre me enviaba para comer en los recreos.



Hasta mi adolescencia, hubo en mi pecho algo atravesado, algo que no lograba nombrar, algo que me molestaba profundamente pero no sabía qué era; hasta que un día lo comprendí. Lo que me molestaba profundamente era mi color de piel.

¿Por qué soy negra? Era una pregunta que martillaba mi mente y mi corazón diariamente en mi vida. Muchas veces llegábamos de la escuela, mi hermana y yo llorando, y mi madre nos preguntaba qué había pasado. Nosotras le contábamos que los compañeros nos gritaban “negras feas”. Mi madre, llena de rabia, iba al otro día a la escuela para hablar con la profesora.

La escuela en la que nosotras estudiamos era de monjas, y ellas eran muy malas con nosotras. Yo sentía que no nos querían, y que tenían relaciones diferenciadas hacia los demás estudiantes, y frente a mí y mi hermana. Cuando mi madre habla con la profesora de mi clase, era como si no hubiese hablado, pues los abusos seguían. Hasta que mi hermana gemela toma fuerzas nuevamente y no deja que nos maltraten más.

A uno de estos niños que nos gritaban siempre se le ocurre repetir el mismo insulto; mi hermana se llena de rabia, le da una patada tan fuerte que el niño se puso a llorar. A partir de ese momento, nunca más nos volvió a tratar mal.

Esa fuerza, que nació de lo más profundo del corazón de mi hermana, es la fuerza de resistencia para apropiarnos del espacio de la escuela como parte de ella, con los mismos derechos que tenían otras y otros compañeros. La explosión de tanto maltrato diario y el instinto de supervivencia provocaron en mi hermana el ímpetu necesario para luchar con la fuerza por nuestro derecho a ser respetadas. Solo teníamos 7 años.

Ahora aplaudo a mi querida hermana gemela por no dejar que nos siguieran maltratando y por tener la valentía de no dejarse aplastar y disminuir más. En mi caso fui más lenta, para mí el único escape era llorar. Para mi hermana, el llanto que brotaba de mis ojos era la motivación que empujaba su valentía y tenacidad. ¡Te quiero, hermana!

Esta incomodidad con mi ser negra estaba marcada por los imaginarios que se imprimían a lo largo de mi vida en mi cuerpo y mente, por los otros. Quienes me “miraban el color y no la cara” e instantáneamente sus actitudes hacia mi hermana y hacia mí eran ya preestablecidas, es decir, de desprecio y disminución.

En mis tiempos de escuela, pude darme cuenta, aunque sin despertar la conciencia todavía, de que las acciones que emprendían las autoridades o las maestras cuando mi madre denunciaba los maltratos a los que éramos sujetas no tenían los resultados que



cualquier persona sensible esperaría. Al contrario, seguían su curso como si ninguna exigencia se hubiese dado.

Asimismo, dentro de las metodologías educativas para del aula de clase, no daban cuenta de mi proceso de vida, como mujer negra perteneciente a un pueblo particular, como el pueblo afrodescendiente. Esa falta de presencia de mi historia permitió que me sintiera cada vez más en medio de un entorno ajeno a mí.

Por esta razón, siempre tuve una gran sospecha de cómo las metodologías de aula no tenían nada que ver con mi vida, con mi piel ni con la forma de organización de la vida que en mi casa se impartía. Todo en la escuela era a partir de una cultura que no me permitía mirarme tal cual soy.

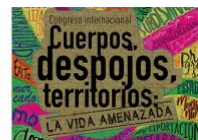
Estando aún en el colegio nació en mí el interés por la educación. Intuitivamente, pensaba que la educación era una herramienta de superación personal, pero sobre todo de transformación social. Con el tiempo, estas ideas se fueron reforzando y me impulsaron a estudiar Pedagogía en la Universidad Politécnica Salesiana.

En este momento de mi vida, regreso a las mismas sensaciones suscitadas en mi infancia, de no tener un lugar de donde sostenerme para mirarme y quererme tal cual soy. Cuando recién entré, mis compañeras de clase me miraban como un ser extraño llegado de otro planeta, o al menos así me sentía: nadie hablaba conmigo y en la clase me sentaba sola. Odiaba los trabajos en grupo y prefería mi soledad.

A lo largo del tiempo, mi interés giraba alrededor de la primera infancia, niños y niñas de 0 a 7 años de edad. Cuando me gradué de la universidad, me dediqué a soñar en re-dibujar el mundo desde las aulas, transité por escuelas con pedagogías tradicionales donde reproducían las mismas metodologías de las cuales yo fui parte. Hasta que encuentro en mi caminar a las pedagogías alternativas como Montessori y Waldorf.

Este nuevo camino por la educación alternativa me lleva a conocer también a niños y niñas de la región costa, en San Lorenzo, Esmeraldas; en el proyecto “Eco-club”, como coordinadora, en el año 2014. Esta experiencia me marcó de muchas maneras, me permitió observar las grandes diferencias económicas, urbanas y culturales que existen entre niñas y niños que viven en pequeñas y grandes ciudades.

Esta experiencia me permitió reconocermme como mujer negra, con una belleza propia, porque miraba a esos niños y niñas hermosos/as, con sus cabellos crespos, sus labios gruesos y narices anchas, iguales a mí y tristemente con el mismo rechazo de lo



que son. En ese espacio, me di cuenta de que el problema en mí tenía que ver con lo que en la escuela me decían. No me reconocía a mí misma, sino que me dejaba convencer por los otros de lo que supuestamente soy.

Este sendero de búsqueda de nuevas perspectivas de educación me invita a seguir pensando en encontrar nuevas vías de enseñanza y aprendizaje, desde una visión que integre el género como parte esencial para entender y construir nosotrxs mismxs nuestras propias identidades, y la cultura como parte de la construcción de lo que somos como colectivo y como seres individuales.

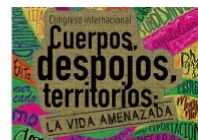
Es así que, luego de re-encontrarme con esta nueva realidad —porque a pesar de tener ascendencia sanlorenzeña y choteña no tenía un acercamiento de estas dos potentes fuerzas del pueblo negro ecuatoriano—, me quito la venda de los ojos y rompo las cadenas mentales que me mantenían en el silenciamiento de mi ser negra y de mi cuerpo.

Esta redefinición desde el ser negro, es parte de una expresión cultural resultado de un proceso histórico, como también de una propuesta política de derechos culturales que unen los propósitos de lucha por el territorio, opciones propias de futuro y desarrollo [...] Reafirmarnos como NEGROS-NEGRAS, nos convoca a adelantar un trabajo profundo hacia nuestro propio interior, hacia nuestras propias conciencias de tal manera que logremos transformar todas aquellas creencias, estereotipos e imaginarios que la cultura dominante nos ha inculcado y que ha tergiversado el SER NEGROS-NEGRAS (Grueso 2007).

En 2017, sin tener ninguna experiencia, desde las Ciencias Sociales me atrevo a incursionar en una maestría en la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB), y muy temerosa voy, de a poco, encontrándome con nuevas puertas teóricas que reafirmaron el camino de lucha y resistencia de mi propio ser.

A partir de esta experiencia, logro nombrar mi andar y lo hago desde el re-aprendizaje de mi propia identidad. Ya no solo me llamo a mí misma negra, sino que también afrodescendiente. Soy negra porque ese es mi color, aunque a los demás les incomode cuando camino por la calle, o cuando me subo a un bus, y soy afrodescendiente porque reniego de la “madre patria España” y me reafirmo como hija de África, así como también hija de América Latina. Nací en Quito y tengo mi raíz en este territorio.

En esta nueva incursión por la academia me encuentro con intelectuales como Franz Fanon, en *Pieles Negras Máscaras Blancas*, en donde desde una perspectiva psicológica logro entender el impacto que el pueblo negro alberga en su pisque, mostrándose como un ser que trasgrede su cultura de origen para transformarse en otra



ajena. Nelson Mandela, y su proceso de lucha incansable en los derechos del pueblo negro africano. Juan García Salazar, en *Sembrar Pensando/ Pensar Sembrando*, que con su caminar por las comunidades negras del Ecuador logra avivar las voces de los ancianos y ancianas con principios, filosofías, saberes y conocimientos guardados como secretos valiosos en el “zumbo de la cabeza”, como el abuelo Zenón enseñaba.

Sembrar cada uno de los espacios del territorio con la semilla cultural de origen, nos devolvió el amor por la tierra que se quedó al otro lado del mar. Esa siembra fue lo que al final del dolor, nos permitió volver a ser, donde no habíamos sido. Una de las siembras más productivas, y de más largo alcance que nuestros mayores hicieron en los territorios ancestrales, es sin ninguna duda, la siembra del saber y del hacer cultural que nuestros ancestros trajeron en el zumbo de la cabeza. Abuelo Zenón (García y Walsh 2017, 127).

Catherine Walsh, en el pensamiento de resistir, re-existir y re-vivir desde una perspectiva decolonial, mostrándome el camino crítico para desmontar la estructura ideológica dominante. Libia Grueso, aprendiendo en la construcción del ser negrx. Mara Viveros, quien me ubica en la interseccionalidad desde mi propio territorio, mi cuerpo, mi lugar de enunciación... y muchos intelectuales más, que hablan de una colonialidad que ha perdurado en el paso del tiempo, la misma que nos mantiene (al pueblo negro) en la invisibilización continua.

A partir de este abanico de nuevos caminos teóricos, logro acumular una serie de herramientas, las que me abren una inmensa gama de nuevos pensamientos y reflexiones que logran explicar mi profunda molestia implantada desde afuera y atravesada desde mi infancia hasta mi vida adulta.

Todo este caminar por mi vida como negra afroquiteña, nacida y criada en la capital mestiza del Ecuador, alejada de mi historia particular y autóctona por circunstancias emigratorias de mi madre y mi padre, y por los cuestionamientos de por qué el sistema educativo no permite en la realidad del aula y de las metodologías y contenidos curriculares una visión más amplia de la diversidad poblacional que se asienta en este país, me encuentro con el término *Etnoeducación*. Es aquí que planteo mi tema de investigación, que tiene que ver con el proceso educativo que nace de las bases negras con pedagogías propias.

Desde las comunidades negras, las pedagogías propias tienen que ver con la noción de colectividad y sus propias formas de interrelación con la naturaleza y el uso de sus recursos, así como de sus formas propias de convivencia.





Las “pedagogías” desde la colectividad se inician, en primera instancia, a partir de cómo dentro de la comunidad se enseña partiendo de la cosmovisión de su entorno natural y social. Por ejemplo, para el pueblo negro la vida en comunidad permite el encuentro con los demás miembros a partir de la oralidad. El proceso de enseñanza en niños y niñas parte de los saberes con los que cuentan las y los mayores. Es gracias a frases, cuentos, leyendas, deidades, décimas, canciones, bailes, saberes puestos en práctica que se permite un aprendizaje propio de cómo relacionarse entre sí y con su entorno.

Estas pedagogías propias no están tomadas en cuenta dentro del sistema educativo formal, el cual ha perpetuado desde hace mucho tiempo el silenciamiento de las particularidades del pueblo negro dentro del proceso de enseñanza-aprendizaje. Desde una perspectiva decolonial, la pedagogía propia del pueblo negro, bajo este contexto unidireccional de la cultura dominante proveniente de los procesos coloniales y de disminución, se convierte para el pueblo negro en una estrategia de insurgencia cimarrona de resistencia, desobediencia y desmontaje del aparataje colonial incrustado en el sistema educativo.

La pedagogía y lo pedagógico aquí no están pensados en el sentido instrumentalista de la enseñanza y transmisión del saber, tampoco están limitadas al campo de la educación o los espacios escolarizados. Más bien, y como dijo una vez Paulo Freire, la pedagogía se entiende como metodología imprescindible dentro de y para las luchas sociales, políticas, ontológicas y epistémicas de liberación (Walsh 2013, 29).

Desde mi experiencia como profesora en educación inicial, así como mi experiencia de vida como estudiante en este sistema escolar silenciador, la Etnoeducación es un concepto que me permite poner en discusión la estructura predeterminada y estandarizada de la educación. Generando de esta manera reafirmarme fuertemente en la idea de descolonizar, desde el cimarronaje, al sistema educativo.

Es a partir de esta experiencia que me nombro activista en la vida diaria, activista en la resistencia de no dejar silenciar mi voz negra, de resistir en la calle con mi cabello al natural, de expresarme desde mi lugar situado como mujer negra afroquiteña, desde el aula de clase en la interacción de estudiante-profesora.

Es a partir de este recorrido que me encuentro con las palabras propias para iniciar mi lucha de reivindicación en contra del racismo que existe hasta dentro de mi propio pueblo, como el endorracismo, un concepto que da cuenta de esa impronta colonial que nos atraviesa desde lo psíquico.



El endorracismo está implantado en el imaginario del negro y la negra, gracias a la sumisión por la que negros y negras esclavizados sufrieron por décadas a causa de la errónea idea universalista del “tipo ideal” de ser humano. Este imaginario blanco-occidental sigue presente en la mentalidad del mismo pueblo negro hasta la actualidad. Es decir: “El más negro, es discriminado por el mas clarito, que se apega a las características del blanco o mestizo” (Pabón 2006, 37).

Este mal es una lucha que yo comparo con el trabajo de las hormigas. Es un trabajo lento pero de mucha perseverancia, pues mi pueblo negro sigue inmerso en estos imaginarios racistas. En mí han aterrizado muchos de estos imaginarios; por ejemplo, el hecho de que mi cabello sea prieto era motivo de burla para mis propias primas, pues algunas de ellas tienen el cabello más suelto. O por ejemplo mi hermano mayor, quien está convencido de que somos nosotros los negros los culpables de vivir en la pobreza, porque no tenemos iniciativas de superación, o que si nos tienen miedo es porque no somos educados, etc. Esto causaba en mi pensamiento rechazo por autodefinirme como negra, y lo hacía como “café chocolate”. ¡Jajaja! Tiempos en los que no tenía idea de lo que operaba en mí.

Asimismo, están los microrracismos, que dan cuenta de cada una de las “sutiles” expresiones de discriminación a las cuales soy sujeta a cada paso que doy. Es en esta etapa de mi vida que me doy cuenta de cómo desde el Estado, la fuerza pública, la educación, la medicina, etc., controla los cuerpos, subjetividades y comportamientos de unos sobre otros. Por ejemplo, el Estado ecuatoriano es el principal reproductor de imaginarios racistas, patriarcales, clasistas, xenofóbicos y de todo tipo de discriminación. Es el administrador de seres humanos. Es el que impone al “ciudadano completo e incompleto”, es el que contrapone a las mujeres de los hombres, el que dictamina qué vidas importan y cuáles vidas no.

Ahora mi pregunta ya no es “por qué soy negra”, sino más bien “qué puedo hacer” para que más negros y negras ya no imaginen al ser humano “ideal”, blanco, de ojos azules y cabellos rubios. Las preguntas que hoy me hago provienen desde mi experiencia de vida, desde los espacios en los que puedo participar para generar un despertar de la conciencia, que por más de 500 años ha estado adormecida y disminuida por una sola cultura dominante.



Mi pregunta hoy es: ¿cómo sacudirme de ese peso histórico, impuesto por occidente a través del colonialismo, que además hoy se sustenta sobre nuevas formas coloniales? (García y Walsh 2017). Tengo ahora herramientas para contestar desde mi territorio (cuerpo) que la única salida es la resistencia, ser parte de esta lucha subversiva en contra del poder establecido.

Es entonces preguntarme en cada paso que doy. Tengo ahora herramientas en mis manos y en mi pensamiento que dictaminarán mi sendero de lucha, desde lo cotidiano, desde mi relación de pareja, desde la relación con mi padre y mi madre, desde mis emociones y mi pensamiento. Y entretejer este pensamiento con quienes están en la misma búsqueda de re-existencia, y resistencia.

Somos seres que no nos han dejado ser, pero que ahora luchamos políticamente para apropiarnos de discursos y crear nuevos, en pro de la lucha colectiva con un fin común, ser verdaderamente emancipados y libres.

En conclusión, es imperativo despertar más y más conciencias del largo sueño colonial. Y creer firmemente que la vida y la libertad no necesitan recetas ni estructuras coloniales que dictaminen las formas y modelos de existencia humana. Debemos ir cuestionando, cuestionándonos, preguntando, preguntándonos continuamente, sin dejar de lado nuestro territorio, parte fundamental de la raíz de nuestro saber y nuestro pensamiento.

Es urgente reconocer, de una vez por todas, que existe una estructura de poder que mantiene sociedades sumamente racializadas, sumamente patriarcales, en donde la mujer racializada sigue estando por debajo del hombre racializado, y el hombre racializado por debajo del hombre “blanqueado”. No podemos olvidar estas estructuras de poder. Cuando dejamos por fuera esto, y hablamos de conocimiento y pensamiento desde nuestro territorio, estaremos encaminados en un proceso de lucha que tiene una visión emancipatoria y de algo distinto.

“Para aprender a desaprender hay que caminar, camina cuestionando y preguntando” (Paulo Freire).

“Para saber caminar hay que preguntar”. Subcomandante Marcos y Viejo Antonio.

*A quitar las cadenas mentales* (Zapata Olivella) *a des-esclavizar las mentes* (Malcolm X) *y a desaprender lo aprendido para volver a aprender* (Juan García Salazar).



## Bibliografía

- Chalá Cruz, José Franklin. 2012. “Representaciones del cuerpo, discursos e identidad del pueblo afroecuatoriano”. Tesis, Universidad Politécnica Salesiana.
- Grueso, Libia. 2007. “Escenarios de colonialismo y (de) colonialidad en la construcción del Ser Negro: Apuntes sobre las relaciones de género en comunidades negras del Pacífico colombiano”. *Comentario Internacional*, No. 7: 8.
- García, Juan, Catherine Walsh. 2017. *Pensar sembrando / sembrar pensando con el Abuelo Zenón*. Quito: Abya Yala.
- Lozano, Betty Ruth. 2014. “El Feminismo no puede ser uno porque las mujeres somos diversas. Aporte a un feminismo negro decolonial desde la experiencia de las mujeres negras del Pacífico colombiano”. En *Tejiendo de otro modo: Feminismos, epistemología, y apuestas decoloniales en Abya Yala*, editado por Diana Gómez, Karina Ochoa y Yuderkys Espinosa, 335-352. Popayán: Universidad del Cauca,.
- Pabón, Iván. 2006. “Procesos de construcción identitaria en las comunidades negras de la cuenca Chota-Mira en tres generaciones: Abuelos, adultos mayores y jóvenes”. Tesis, Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador.
- Scharagrodsky, Pablo. s.f. “Pedagogía El cuerpo en la escuela”. *EXPLORA Las ciencias en el mundo contemporáneo*: 1-16.
- Viveros, Mara. 2016. “La interseccionalidad: Una aproximación situada a la dominación”. *Debate Feminista*: 1-17.